



HAL
open science

**”En la vida militar se puede estar en cualquier parte”.
Entrevista al Coronel (r) Guillermo Rodríguez sobre la
participación colombiana en la Guerra de Corea**

Isabel Díaz Tatis, Daniel Rojas

► **To cite this version:**

Isabel Díaz Tatis, Daniel Rojas. ”En la vida militar se puede estar en cualquier parte”. Entrevista al Coronel (r) Guillermo Rodríguez sobre la participación colombiana en la Guerra de Corea. 2022, pp.161-186. hal-03622778

HAL Id: hal-03622778

<https://hal.univ-grenoble-alpes.fr/hal-03622778>

Submitted on 3 Apr 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L’archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d’enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

“EN LA VIDA MILITAR SE PUEDE ESTAR EN CUALQUIER PARTE”

ENTREVISTA AL **CORONEL (R) GUILLERMO RODRÍGUEZ**
SOBRE LA PARTICIPACIÓN COLOMBIANA EN
LA GUERRA DE COREA.

Isabel Díaz Tatis*

Daniel Emilio Rojas**

Resumen

Esta entrevista recoge el testimonio del Coronel (r) Guillermo Rodríguez sobre su experiencia como combatiente en la Guerra de Corea (1950-1953). El coronel Rodríguez habla de los antecedentes y de la entrada en la guerra, de sus adversarios chinos y coreanos, y de la relación entre los Ejércitos de Colombia y EE.UU. La entrevista aborda la actual conmemoración de los 70 años de la participación de la coalición internacional en la península coreana y menciona varios aspectos de la memoria del conflicto en las FF.AA y la sociedad colombiana.

Palabras clave: *Batallón Colombia; Guerra de Corea; Estados Unidos; República Popular China; Defensa; Paralelo 38; Japón.*

Abstract

This interview collects the testimony of Colonel (r) Guillermo Rodríguez about his experience as a combatant in the Korean War (1950-1953). Colonel Rodríguez talks about the antecedents and the entry into the war, his Chinese and Korean adversaries, and the relationship between the armies of Colombia and the US. The interview addresses the current commemoration of the 70 years of the participation of the international coalition in the Korean peninsula and mentions various aspects of the memory of the conflict in the armed forces and in Colombian society.

Key Words: *Colombia Battalion; Korean War; United States; People's Republic of China; Defense; Parallel 38; Japan.*

* - **Politóloga y psicóloga**, Universidad de los Andes; Maestría en Estudios Internacionales de la misma institución. Asesora de relaciones internacionales, Comando de Educación y Doctrina del Ejército de Colombia (CEDOC).

** - Doctor en Historia de las relaciones internacionales, Universidad Paris 1 Panthéon-Sorbonne (Francia); **historiador y filósofo**, Universidad de los Andes (Colombia); profesor (MCF) de Historia y civilización contemporánea de América latina y Cooperación internacional Université Grenoble Alpes (Francia).

NOTA INTRODUCTORIA

Colombia fue el único país latinoamericano que participó en la Guerra de Corea (1950-1953). A pesar de haber contado con la participación de la República Popular China y de la República Popular y Democrática de Corea (Corea del Norte), de la Unión Soviética y de una coalición internacional liderada por los Estados Unidos (EE.UU.) y respaldada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el conflicto coreano pasó prácticamente inadvertido en la memoria colectiva del siglo XX por el protagonismo de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra del Vietnam. En octubre de 1951, en medio del conflicto, la popular revista estadounidense *U.S. News & World Report*, la calificó como “La guerra olvidada” (*The Forgotten War*).

El Batallón de Infantería No. 1 Colombia fue creado por un decreto expedido en diciembre de 1950. Meses más tarde se integró al Ejército de la ONU en Corea. En total, 5 100 combatientes colombianos de tierra y mar participaron hasta 1954 en operaciones de guerra y en la vigilancia del armisticio de Panmunjom. El saldo final de la guerra para el Batallón Colombia fue de 639 bajas de combate, entre las cuales se cuentan 28 prisioneros y 47 desaparecidos. Al inicio de la guerra, EE.UU. contaba con que la Organización de Estados Americanos (OEA) o diferentes fuerzas especiales de carácter nacional participarían en un conflicto que tenía como objetivo enfrentar al comunismo y defender al “mundo libre”, pero tanto la organización como México, Argentina, Brasil y Chile rechazaron enviar tropas. La participación colombiana en Corea marca el inicio de la modernización de los Estados Mayores de las Fuerzas Armadas colombianas y de la introducción de la inteligencia y contrainteligencia en la doctrina de defensa nacional. La guerra también marcó el inicio del alineamiento colombiano con la política internacional de defensa y seguridad de los EE.UU.

El Coronel (r) Guillermo Rodríguez desembarcó en Busan en 1951 con el segundo grupo de tropas de infantería y permaneció en Asia hasta el fin de la guerra. En 1953 fue trasladado a la oficina de enlace del Ejército colombiano en Tokyo y, tras su regreso a Colombia, estuvo adscrito a diferentes unidades militares a lo largo de todo el país. En el 2013, el servicio Mundo de la British Broadcasting Corporation (BBC) publicó un testimonio corto sobre su experiencia, pero esta es la primera vez que ofrece una entrevista circunstanciada a una revista internacional.

Esta entrevista se realizó en Bogotá el 20 noviembre de 2020 y fue corregida y aumentada con el Coronel Rodríguez el 8 de diciembre del mismo año.

ANTECEDENTES

1. Coronel Rodríguez, hablemos acerca de su historia personal y del inicio de su carrera militar.

Nací en Bogotá el 21 de noviembre de 1929. Mi familia estaba constituida por mi madre, mi padre y un hermano menor. Mi padre era abogado y mi madre –que murió cuando yo tenía diez años y mi hermana cinco– era ama de casa. Estudié en un colegio al norte de Bogotá y luego entré al Colegio Nicolás Esguerra, donde estudié tres años de bachillerato. Los siguientes años del bachillerato los terminé en la Escuela Militar de Cadetes, pues para ese entonces era posible terminar el bachillerato y continuar directamente la carrera militar¹. Sin embargo, por los sucesos inesperados de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, el 9 de abril de 1948, nos adelantaron los estudios y me gradué de subteniente de infantería el 8 de marzo de 1949. Desde muy joven me atrajo la carrera militar y mis padres no me pusieron ningún obstáculo para realizarla.

2. ¿Cómo se enteró de la noticia de la participación colombiana en la Guerra en Corea y por qué decidió viajar a Asia?

Llevaba año y medio en la Escuela Militar y era subteniente de planta en el batallón Guardia Presidencial. Teníamos contacto permanente con el Palacio presidencial y supe que el Gobierno iba a enviar un batallón de infantería a Corea. Al saberlo nos ofrecimos como voluntarios con dos compañeros del batallón. Al ofrecerme como voluntario tenía veinte años... quería viajar, conocer una guerra, conocer otra civilización y conocer el funcionamiento de otros ejércitos. También me llamaba la atención que Corea había sido invadida por un país comunista, Corea del Norte. Así se explica mi participación en Corea.

3. ¿Cómo se seleccionaron las tropas colombianas que participaron en Corea y de qué batallones provenían?

Desde el Comando del Ejército mandaron una circular solicitando voluntarios de todas las unidades del Ejército Colombiano, que a decir verdad, no era muy grande, y que estaba mayoritariamente dedicado a

1 - Fundada por el Presidente Rafael Reyes en 1907, la escuela recibió en 1979 el nombre del prócer de la independencia colombiana José María Córdova.

labores de mantenimiento del orden público. En ese entonces habían muchas guerrillas en diferentes partes del país. Pidieron voluntarios de todos los rangos: oficiales, suboficiales, soldados y reservistas, es decir, quienes ya tenían la experiencia del servicio militar obligatorio, pero que estaban en la vida civil. El resultado fue que se presentaron muchas personas.

LA ENTRADA EN LA GUERRA Y LOS COMBATES

La guerra enfrentó entre 1950 y 1953 a dos bandos encabezados por la República Popular Democrática de Corea (RPDC), apoyada por la República Popular China (RPC) y la Unión Soviética (URSS), y los EE.UU., respaldados por una coalición militar internacional que reunía a un grupo de 17 países entre los que se encontraban Colombia y Francia. Cinco años antes, los EE.UU. y la URSS habían acordado dividir la península coreana a través del paralelo 38. Cada superpotencia favoreció la creación de dos Estados con regímenes políticos diferentes: al norte, la RPDC, y al sur, la República de Corea. En los meses anteriores al estallido de la guerra hubo algunas tentativas para reunificar el país, pero fracasaron. Las escaramuzas en el paralelo 38 se intensificaron y la guerra inició con la invasión de la RDPC a Corea del Sur el 25 de junio de 1950.

4. Además de la participación de la fragata **Almirante Padilla** en la guerra, Colombia envió varios grupos de tropas a Corea. Los cálculos recientes indican que entre 1950 y 1953, 5 100 miembros del Ejército y la Armada de Colombia fueron a Corea. ¿Con qué grupo viajó usted?

Yo no viajé con el primer grupo del Batallón Colombia, que fue de 1700 hombres. Yo fui con el segundo grupo de remplazos. Los remplazos no se hacían por unidades como pelotones, sino eran una cantidad particular de hombres que iban a remplazar oficiales, suboficiales y soldados.

El viaje a Corea era largo y el transporte estaba a cargo del Gobierno de los Estados Unidos, que envió barcos para recoger a las tropas colombianas en el puerto de Cartagena. En mi caso, el grupo salió de esta ciudad en dirección del Canal de Panamá y continuamos hacia Hawái. Desde allí seguimos a Japón, precisamente a la base naval de Yokosuka, donde desembarcaron 120 marineros colombianos que iban a recibir una fragata. En el barco también viajaba un grupo grande de puertorriqueños, cerca de 700, que iban a remplazar a otros puertorriqueños del Ejército de EE. UU.

No estuve en los primeros grupos colombianos que fueron entrenados, pero tenía amigos que sí estuvieron y que después me contaron cómo habían ocurrido las cosas. El entrenamiento empezó a finales de 1950 y el Batallón Colombia se puso en funcionamiento en 1951. El entrenamiento que recibía el Ejército colombiano no era el mismo porque nuestras tareas eran diferentes y estaban orientadas a los problemas internos. El entrenamiento de quienes viajaron a Corea inició en la Escuela de Infantería, al norte de Bogotá, aunque allí no había un centro de entrenamiento y de alojamiento como el que realmente se necesitaba para casi 2000 hombres. Por otro lado, muchos de los voluntarios que se presentaron realmente no servían para la vida militar por su estado físico o por otro tipo de razones. Fue necesario remplazarlos. Por eso el entrenamiento de las primeras unidades en Bogotá no fue muy completo.

Cuando yo me presenté fue diferente, porque hicimos un entrenamiento de oficiales y suboficiales de tres meses en Busan que fue muy completo. No se entrenaron soldados porque ellos iban directamente a cubrir las bajas. El entrenamiento que recibimos en Corea era similar al que recibían los soldados del ejército de EE. UU. Teníamos pistas de entrenamiento, polígonos, combate nocturno y muchas otras cosas que preparaban a la guerra regular y que no conocíamos en Colombia.

La entrada de las tropas de la RPC cambió completamente la dinámica de la guerra. A finales de 1950, una ofensiva general obligó a la coalición internacional comandada por el general Douglas MacArthur a retroceder al sur. El 4 de enero de 1951 las fuerzas de la RPC y de la RPDC recapturaron Seul, que nuevamente fue recapturada por la coalición internacional el 14 de marzo. Tras proponer el empleo del arma atómica contra la RPC, MacArthur fue destituido y en su lugar el presidente Harry S. Truman nombró al general Matthew Ridgway. Entre enero y junio de 1951, y por el resto del conflicto, el frente se estabilizó en el área aledaña al paralelo 38.

5. ¿Qué ocurrió a su llegada a Corea? ¿Cómo fueron recibidos?

El grupo principal viajó en mayo de 1951, llegó en junio a Busan y recibió su entrenamiento en el centro que tenía el ejército de EE.UU., a 30 kilómetros de esa ciudad. El batallón se incorporó al vigésimo primer regimiento (*21st Infantry Regiment*) de la vigésima cuarta división (*24th Infantry Division*) del Ejército de EE. UU. Mi grupo llegó, como le dije hace un momento, a Yokozuka, donde recibimos el equipo de invierno

y recorrimos en tren el sur del Japón durante 36 horas hasta llegar al puerto de Sasebo. Desde allí pasamos en barco a Busan. En Busan volvimos a recibir un entrenamiento de tres semanas. Mi grupo era mucho más pequeño: sólo 107 hombres. Al finalizar el entrenamiento nos incorporamos al Batallón Colombia, en el que remplazamos personas, es decir, cubrimos vacantes. Remplazamos a quienes ya habían regresado a Colombia, es decir, a heridos y a muertos. Para ese momento, el Batallón Colombia había sido trasladado al trigésimo primer regimiento (*31st Infantry Regiment*), que también se conocía como los “Osos Polares”, y que pertenecía a la séptima división (*7th Infantry Division*), también conocida como la “División Bayoneta” por su insignia distintiva. Llegué a Corea a fines de enero de 1952 y en marzo me incorporé al Batallón Colombia.

6. ¿Cómo se integraron las fuerzas colombianas a la coalición internacional?

El Batallón Colombia estuvo en la guerra como un batallón independiente. Primero estuvo adscrito al vigésimo primer regimiento de infantería y después al trigésimo primero. Era un batallón más, como cualquier otro de los batallones de EE. UU. Los regimientos tenían tres batallones de infantería y el Batallón Colombia fue incorporado como cuarto batallón. Esa misma organización se efectuó con los contingentes de otros países que enviaron batallones y que se incorporaron a los regimientos de EE. UU. El Batallón Colombia tenía las mismas responsabilidades que cualquier batallón. Teníamos el mismo armamento, la misma instrucción, la misma comida y la misma ropa.

A partir de enero de 1951 la guerra sólo experimentó pequeños cambios territoriales que se alternaron con largas negociaciones de paz. Las negociaciones iniciaron en Kaesong el 10 de julio de ese año, pero los combates continuaron. Entre las áreas estratégicas para los dos bandos se encontraba el Triangulo de Hierro, dominado por las tropas chinas y norcoreanas, y cuya importancia residía en que era el punto de unión de los caminos y líneas ferroviarias entre el norte y el sur de la península. El Triangulo de Hierro, localizado al norte del paralelo 38 en diagonal al corredor que divide las montañas Taebaek, era un área de entre 40 y 50 km2. Las batallas de Caballo Blanco y del Monte Pork Chop, en las que participó el Batallón Colombia, ocurrieron en esa área. En la actualidad, la franja de seguridad de la frontera intercoreana conocida como la Zona Desmilitarizada de Corea (ZDC) atraviesa el área correspondiente al Triángulo de Hierro.

7. Cuéntenos un poco sobre desarrollo de las campañas y sobre los escenarios de combate. ¿En qué lugares de Corea estuvo combatiendo?

A mi llegada la guerra había evolucionado: ya era una guerra de posiciones. Eso se explicaba por las negociaciones que se estaban realizando. Pero los rumores decían que esas conversaciones estaban estancadas y que las partes enfrentadas sólo buscaban ocupar las mejores posiciones mientras duraba el cese al fuego. Había patrullas permanentes, ataques de objetivos limitados, fuego de artillería, sobre todo morteros, que mostraba que se estaban identificando las mejores posiciones. En ese momento tuvimos muchas bajas. Los chinos habían entrado en la guerra desde noviembre de 1950. Ya no solamente se peleaba contra los coreanos del norte.

No podría decir los nombres exactos en coreano de los puntos en los que estuvimos, pero yo estuve todo el tiempo al norte del paralelo 38, es decir, en la actual Corea del Norte. Gran parte de mi estadía fue en el valle de Inje, cerca de Kumhwa, que era una de las partes del Triangulo de Hierro, un punto muy importante porque por allí pasaban las vías para unir el norte y el sur. Cada una de las facciones enfrentadas quería tener la mejor posición por si se llegaba a firmar la paz. Los ejércitos enfrentados aspiraban a ganar el máximo de territorio al sur o al norte del paralelo. Eso es paradójico, porque al final de la guerra se volvió exactamente al mismo punto en el que inició la guerra.

8. ¿De qué tipo de armamento disponían usted y los demás soldados?

El Batallón Colombia tenía exactamente el mismo armamento que cualquier unidad de EE. UU. Es decir, fusiles M1, ametralladoras livianas y pesadas, fusiles sin retroceso, morteros de 81 y de 60 milímetros. Los oficiales teníamos carabinas estadounidenses M2.

9. ¿De dónde obtuvieron los mapas y la información sobre el terreno? ¿El Batallón Colombia tenía un equipo de ingenieros?

El Batallón Colombia no actuaba sólo, sino que lo hacía de acuerdo con las órdenes y las instrucciones que recibía del subcomandante del regimiento y, a su vez, el subcomandante de regimiento recibía las ordenes de las cabezas de las divisiones. Los EE. UU. dirigían todas las operaciones. Eso sí, había una cartografía excelente que habían levantado los japoneses porque usted quizás recuerde que Japón ocupó a Corea desde 1910 hasta 1945. Había mapas de 1 sobre 25.000 y

sobre 50.000, extremadamente precisos. La cartografía que usó el Batallón Colombia y las demás unidades de los Estados Unidos se hizo sobre la base de la cartografía japonesa.

LOS ADVERSARIOS Y LA POBLACION CIVIL

Para evitar una guerra oficial contra la coalición encabezada por los EE.UU., Mad Zedong creó el Ejército Popular de Voluntarios (EPV). Enviado a la península de Corea durante la guerra, el EPV estaba constituido por unidades transferidas desde el Ejército Popular de Liberación (nombre oficial de las FF.AA. de la China Popular). Cerca de 3.000.000 de civiles y militares chinos sirvieron en Corea hasta julio de 1953.

10. ¿Qué imagen tenía usted de los adversarios? ¿Cómo combatían los coreanos del norte?

Los adversarios que tuvimos al frente fueron sobre todo chinos, porque ellos habían asumido la mayoría de la responsabilidad en el teatro de operaciones desde su entrada a la guerra. Los que estuvimos en las líneas de fuego sabemos que los chinos eran excelentes combatientes, mejores que los coreanos. Los chinos habían sufrido mucho, eran temerarios y no les importaba perder hombres con tal de alcanzar el objetivo que se habían propuesto.

11. ¿Usted percibió la llegada de los voluntarios chinos? ¿Cómo combatían los chinos?

Nosotros no sabíamos prácticamente nada de la organización de los chinos, pero era evidente que estaban muy adelantados en el aspecto psicológico. En el frente, por ejemplo, ponían música latina, sobre todo mexicana, para generar nostalgia en las tropas; enviaban mensajes con micrófonos en los que nos preguntaban qué hacíamos en Asia, si nuestra casa era en América. Eso era para quebrarnos la moral.

12. ¿Porqué el Triangulo de Hierro fue un teatro de operaciones tan importante?

El Triangulo de Hierro era un sector muy importante de Corea del Norte. Precisamente allí se encontraba el Valle del Kumwha. Allí estuvo a principios del año 1952 un buen tiempo el Batallón Colombia. Hay que recordar que, cuando estalló la guerra entre las dos coreas, la industria y los recursos naturales, las hidroeléctricas, las represas, eran mucho más avanzadas en Corea del Norte que en Corea del Sur. El norte de la península fue un apoyo logístico fundamental para los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Corea del Sur tenía menos recursos naturales y

menos industria. El Triangulo de Hierro, además de ser la unión entre el sur y el norte, tenía vías e industria.

13. ¿Cómo veían los soldados colombianos a la población civil coreana?

Nosotros no tuvimos ningún contacto con la población civil coreana. En Busan salimos unas cuantas veces del campo de entrenamiento y sólo por algunas horas. Estaba prohibido entrar en contacto con la población civil o ingresar a cualquier establecimiento coreano. En el tiempo en que estuvimos allí, no pasamos por ninguna ciudad coreana. Sólo conocí Seul durante cuatro horas, antes de iniciar el viaje de regreso a Colombia a finales de 1952. Hay que decir que Seul estaba prácticamente destruido, no había nada que ver y ningún lugar para conocer. Corea del Sur y parte de Corea del Norte eran países aniquilados por la guerra. La población civil era muy pobre porque la economía estaba estancada. Recuerdo observar a las personas que caminaban por las carreteras. Estaban muy mal económicamente, pero eso fue todo, porque nunca tuve contacto con coreanos.

14. ¿Además de los combates, en qué tipo de escenarios participaron las tropas colombianas?

Las tropas estaban o en la línea de combate o en el área de reserva. El área de reserva, que era una especie de fuerte, estaba destinada al entrenamiento. Había algunos espectáculos para distraer a la tropa y los domingos eran días libres. Eso sí, al entrar en la reserva, no se sabía en qué momento se iba a salir: las tropas podían permanecer allí dos días o tres semanas. Pero la reserva siempre podía ir al frente, y no era posible salir de la zona. Los espectáculos eran para motivar a la tropa y los realizaban cantantes de los EE.UU. Recuerdo haber visto a la bailarina y cantante Marilyn Monroe, pero desde muy lejos, porque la presentación era para toda la tropa y había mucha. Había un escenario y allí se subían los músicos, pero aclaro que no había prácticamente ningún esparcimiento.

15. ¿Cada cuánto tiempo podía comunicarse con su familia?

La vida cotidiana de la tropa era muy diferente de lo que ocurre hoy. Piense, por ejemplo, en las comunicaciones. Hoy basta tener un teléfono para enviar un mensaje a cualquier lugar del mundo. Pero en Corea no era así. El estafeta pasaba todos los días, por que el Ejército de los EE.UU. trataba bien a los soldados y recuerdo que los correos llegaban desde Corea a Colombia entre 8 y 10 días. No había televisión. Noso-

tros no estábamos en guarnición, es decir que todo el tiempo vivimos en carpa o en bunker.

LA RELACION ENTRE COLOMBIA Y LOS EE.UU.

16. ¿Qué imagen tenían las tropas colombianas de las tropas de EE. UU.?

Con las tropas de EE. UU. había poca relación directa, sobre todo por la dificultad del idioma. Además, los batallones tenían sus propias áreas, es decir, que muchas veces estábamos cerca, pero en realidad no había mucha interacción. Los contactos los tenían los oficiales y suboficiales que hablaban inglés y que pertenecían a la plana mayor. También había oficiales de EE. UU. que hablaban español, muchos de ellos venían del sur de EE. UU., Puerto Rico, Cuba y México. Muchos de ellos constituían el enlace para las órdenes. Pero por lo demás no había muchos intercambios entre los batallones.

17. Cuéntenos un poco de las diferencias que había en la formación de los soldados, en el manejo de la información y en la inteligencia entre las tropas colombianas y las de EE. UU.

Toda la inteligencia estaba en las manos de los estadounidenses y era un sistema grande. Desde luego cada unidad operaba su propia inteligencia cuando hacía un reconocimiento, cuando observaba una posición o cuando se hacían las rutas de los patrullajes, pero toda esa información se transmitía al comando superior del regimiento del ejército de EE. UU.

18. ¿Qué aprendieron los colombianos de las tropas de los Estados Unidos durante la guerra de Corea?

Aprendimos mucho en los aspectos de sanidad y manejo logístico, que son temas muy importantes. Los EE. UU. tenían una logística que es difícil de comparar con cualquier otro ejército, sobre todo por el poder económico que tienen. Los EE.UU. utilizaban zapadores adjuntos a los pelotones, es decir, soldados dedicados a construir estructuras en tiempo de guerra, que entre otras cosas, dirigían las casamatas y la hechura de las gradas de los bunkers (como si fueran ingenieros pequeños), instalaban las alambradas y sembraban o quitaban minas. La buena organización y la buena logística requieren de muchas personas y cuestan mucho dinero.

También se aprendió mucho en el manejo de las planas y de los estados mayores, y en la construcción de las áreas para entrenamientos. Fue un cambio sustancial en el funcionamiento del personal, de la inteligencia y de la instrucción logística, de la guerra psicológica, y en la organización del estado mayor, es decir, de lo que en Colombia se conoce con el término de las planas mayores. Hubo cambios en el funcionamiento de las unidades, es decir, la utilización de pelotones de apoyo en las compañías, la introducción de una cuarta escuadra en los pelotones de apoyo y de vehículos motorizados como los jeeps (en Colombia se utilizaban mulas en las compañías pesadas).

19. ¿Además de la relación con las tropas de EE. UU., las tropas colombianas entablaron algún tipo de contacto con tropas francesas, belgas o turcas?

No. No tuvimos ningún contacto con ellos, aunque supiésemos que había tropas filipinas, de Tailandia, de Francia, de Bélgica, de Turquía, de Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda y Canadá. Pero no tuvimos contacto. Algunas veces vimos de cerca a los etíopes, que estaban en la misma división del Batallón Colombia. Los vi en los periodos de descanso que se hacían en Japón y en algunas ocasiones tomamos los mismos aviones, pero no había intercambio, sobre todo por el idioma.

LA SALIDA DE LA GUERRA Y EL RECIBIMIENTO EN COLOMBIA

Las negociaciones de paz fueron paralelas al desarrollo de la guerra, pero fueron muy lentas. La situación de los prisioneros de guerra fue uno de los factores que retardaron la posibilidad de cualquier acuerdo: el EPC tenía 10.000 prisioneros (entre los cuales había 28 colombianos que finalmente fueron canjeados), mientras la coalición tenía ceca de 150.000. La RPC y la coalición no estaban de acuerdo frente al sistema de repartición de los prisioneros, principalmente porque los comunistas chinos y coreanos rechazaban regresar a sus países de origen por miedo a ser juzgados como traidores. Finalmente, Corea del Norte y los EE.UU. firmaron el 27 de julio de 1953 un armisticio que continúa vigente hasta hoy. El armisticio finalizó las agresiones de las dos Coreas y de sus aliados hasta que se negociara un acuerdo de paz definitivo (que nunca se alcanzó, por lo cual las dos naciones continúan oficialmente en guerra).

20. ¿Cómo finalizó la Guerra de Corea? ¿Cómo supo usted que los combates iban a detenerse?

A fines de agosto de 1953, cuando iba a tomar el barco de regreso a Colombia, cambiaron los planes y me enviaron a una oficina de enlace del Comando del ejército de EE. UU. que estaba en Japón. Los países que participaron en la guerra con la coalición aliada tenían una oficina de enlace en Tokyo. En el caso de la oficina colombiana éramos dos oficiales y dos suboficiales. Así que estuve en el Japón durante ocho meses más. En el Japón nos enteramos de que se había firmado finalmente un armisticio. Muchos de los enfrentamientos buscaban ocupar posiciones al norte o al sur del paralelo 38 esperando la firma de un armisticio. Sabíamos que las conversaciones se hacían en Panmunjon y que el presidente de Corea del Sur, Syngman Rhee, estaba inconforme con la forma en que se firmó el armisticio.

21. ¿Qué conoció del Japón? ¿Cuál fue su percepción de ese país?

Conocí bastante el Japón durante el tiempo que permanecí allí. Desde el tren que atravesó parte del Japón para llevarnos a Corea vi a Hiroshima y Nagasaki. Ambas ciudades estaban totalmente destruidas porque hacía cinco años habían lanzado las bombas atómicas. Creo que desde el punto de vista humano fue espantoso acabar con la gente de esa forma, sobre todo porque eran niños, mujeres, ancianos, es decir, no eran combatientes, pero desde el punto de vista militar las bombas evitaron la prolongación de la Segunda Guerra Mundial.

El país estaba en una etapa de recuperación económica. Era un pueblo muy trabajador, en el que trabajaban las familias completas: los hijos iban a los colegios y a las universidades y al mismo tiempo trabajaban en lo que pudieran, como los padres. Me impresionó mucho la voluntad de los japoneses para salir adelante. Japón estaba completamente dominado y controlado por las tropas del Ejército de los EE.UU. Recuerdo que no existía el dólar verde, sino un tipo de dólar especial llamado dólar de ocupación, que tenía el mismo valor del dólar normal, pero tenía un color diferente. A diferencia de lo que ocurrió en Corea, con la población civil japonesa sí tuvimos contacto, porque podíamos salir los sábados en la noche.

22. ¿Cómo fue su regreso a Colombia?

Las circunstancias de la guerra prolongaron el tiempo que yo debía pasar en Corea, en particular la firma del armisticio. Regresé a Colombia con mi jefe de la oficina de enlace, un mayor (en ese entonces yo ya era

teniente). Regresamos por la vía de EE. UU. Fuimos de Yokozuka a San Francisco, luego a Chicago, Washington, y luego fuimos a Nueva York, y desde allí viajamos a Colombia. Fue un viaje largo porque Colombia no tenía representación diplomática ni en Japón ni en Corea. Viajamos con un permiso especial para pasar por EE. UU porque no teníamos visas. Cada vez que llegábamos a una nueva ciudad debíamos ir al consulado para continuar viajando hacia Colombia. EE.UU. era impresionante, en todos los sentidos, y desde ese primer viaje he regresado cerca de veinte veces por periodos de meses o de varias semanas.

23. ¿Cómo fue el recibimiento en Colombia después de la participación en la guerra?

Llegué a Bogotá en un avión de Avianca, hacia las 10 de la noche. Mi papá y me hermano me estaban esperando. Al día siguiente me presenté en la oficina del Comando del Ejército y me dieron vacaciones durante un mes y medio. Después me enviaron a la Escuela de Infantería en comisión de la Policía Militar de la brigada de Distritos Militares, donde ocupé la función de segundo comandante de compañía. Estuve en tres unidades diferentes en los departamentos del Tolima, Huila, Caquetá, en el norte del Magdalena y en Boyacá. Estuve cumpliendo misiones y labores propias de los cargos que ocupaba: cargos especiales, comandante de brigada, jefe de estado mayor de brigada, comandante de batallón, segundo comandante de batallón y jefe del departamento de inteligencia del comando del ejército (E2). También fui profesor en la Escuela de Infantería. Hay que recordar, por ejemplo, que en Bogotá en esa época no existían aulas para cursos de suboficiales, pero desde ese entonces se empezaron a crear. En ese momento se creó la Escuela de cursos para suboficiales Sargento Inocencio Chincá, en la base militar de Tolemaida.

24. ¿El Batallón Colombia se mantuvo unificado? ¿Qué sucedió con los soldados, suboficiales y oficiales? ¿Participaron en otras operaciones internacionales o continuaron en Colombia?

Colombia no tenía en ese momento ninguna operación exterior. Todos los oficiales egresados de la Escuela Militar eran repartidos en diferentes guarniciones a medida que llegaban. Algunos se quedaron en Bogotá, pero no como un grupo unificado, sino como oficiales que continuaban la carrera, y que en esa medida podían ir a cualquier lugar del país. A los soldados los acuartelaron porque en ese entonces Colombia tenía problemas de violencia, de orden público y de guerrillas. Desafortunadamente a los soldados

que regresaron de Corea no se les hizo seguimiento en la parte psicológica, ni se les apoyo para buscar trabajo. Muchos de ellos se regaron por el resto del país. Pienso que hubiese sido lógico que, por ejemplo, a quienes se reintegraban a la vida civil, se les realizara un examen para diagnosticar su estado mental y físico. También hubiese sido lógico que se les apoyara para buscar un trabajo o que se les ofreciera orientación para estudiar. También hubiese sido deseable que, para mantener los recuerdos, pertenecieran a un grupo de veteranos.

25. ¿Cómo se financió la estadía de las tropas colombianas en Corea y de qué manera su participación lo benefició personalmente?

El compromiso inicial cuando se concretizó la participación colombiana en la guerra era que nuestro país le pagaría a los EE.UU. lo que costaba el mantenimiento de sus propias unidades navales y de infantería. Pero después del fin de la guerra, las negociaciones se empezaron a dilatar y en resumidas cuentas EE.UU. no le cobró nada a Colombia porque no le convenía.

En mi caso personal no recibí ningún beneficio económico. En el plano profesional, algunas personas consideraban que, dado que habíamos estado en Corea, teníamos experiencia y nos escogieron para ofrecer cierta instrucción en las academias, pero no hubo nada muy diferente de lo que podían obtener otros oficiales. Nosotros ganábamos en Corea el mismo sueldo que le pagaba el gobierno colombiano a un oficial en Colombia, las primas eran las mismas también. El dólar tenía casi el mismo valor que el peso colombiano, y todo lo que era relacionado con salario lo giraba al Gobierno colombiano.

LA MEMORIA DE LA GUERRA

26. ¿Qué imagen tenía usted de los comunistas asiáticos y colombianos?

Nosotros en esa época no teníamos muchas noticias. Las comunicaciones hace 70 años eran muy diferentes de las que hay hoy en día. Durante los 22 meses que estuve en Asia nunca me comuniqué con mi casa ni por teléfono ni por radio. Lo único que tenía era algunas cartas que me llegaron tarde. Nuestra imagen de los comunistas chinos o coreanos era la visión de un ejército, como cualquier otro. En Japón fue diferente. Allí vi a los comunistas japoneses hacer una manifestación el 1 de mayo de 1952. Se enfrentaron a la policía con una suerte de varas muy largas, pero eso fue todo. En Colombia para ese entonces el comunismo estaba muy poco desarrollado. Los problemas

de orden público eran el resultado de una lucha entre dos partidos, el Liberal y el Conservador. Los enfrentamientos armados eran con guerrillas liberales, no comunistas. De hecho, el Partido Comunista Colombiano tenían muy pocos adherentes.

27. ¿Su visión de Colombia cambió tras el regreso de Corea?

No mucho. Colombia no cambió durante mi estadía en Asia. Creo que Colombia ha avanzado en las últimas décadas, pero no como hubiera debido hacerlo. El populismo, los políticos, la ausencia de prevención de los problemas han hecho que Colombia sea un país difícil.

28. En este momento se están conmemorando los 70 años de la participación colombiana en Corea. ¿Qué saben los colombianos acerca de la guerra?

Los colombianos saben poco sobre la Guerra de Corea. Es un tema olvidado en la historia. Inicialmente no hubo mucha información sobre lo que estaba ocurriendo, salvo por algunas noticias en los periódicos. En ese entonces algunos opinaban que no debíamos estar allí porque Colombia tenía demasiados problemas internos. Incluso dentro del propio Ejército ha sido difícil que la gente entienda la importancia de lo que sucedió en Corea. Hay quienes no entienden bien qué fue lo que se hizo en esa guerra y lo que se aprendió. No se trata de mostrar que fue una “experiencia del otro mundo”, sino simplemente de mostrar y de compartir qué fue lo que ocurrió. En este punto no hubo ni hay mucho apoyo. Sin embargo, personalmente, sí me siento muy satisfecho de haber ido. Mientras estuve en la Guerra de Corea, en el Japón y en los EE. UU. conocí cosas que no hubiera podido conocer de otra manera. Para un joven de 22 años fue una bonita experiencia, y lo fue para el resto de mi vida. También me aportó mucho en mi formación personal y militar.

29. ¿Hay alguna relación entre los veteranos de la Guerra de Corea y la Embajada de la Corea del Sur?

Sí. Las relaciones diplomáticas entre Colombia y Corea del Sur se establecieron a partir de 1962, y desde entonces la Embajada coreana ha tenido mucho contacto con todos nosotros. Los diferentes embajadores han buscado la forma de que algunos veteranos viajen a Corea del Sur y los colombianos son siempre muy bien recibidos en Corea, con admiración y con cariño. La embajada invita siempre a los veteranos al día nacional de Corea del Sur y hay que decir, con toda

franqueza, que los coreanos y la embajada siempre nos han reconocido.

30. Hay una asociación de combatientes colombianos de Corea. ¿Dónde se reúnen? ¿Cómo funciona?

Al regresar de la guerra se formó una asociación de veteranos, pero los suboficiales y los oficiales no estábamos en Bogotá, sino distribuidos por todo el país. En la vida militar se puede estar en cualquier parte. Pero la asociación, que se llama ASCOVE y aún subsiste, no tuvo mucho apoyo. Los oficiales de carrera retirados formamos nuestra asociación en 1982. De los 160 oficiales que fuimos a Corea ya no quedamos sino 10 o 12, por esa razón nuestra asociación se ha ido acabando. También hubo asociaciones de suboficiales y de soldados. Los oficiales no sabemos exactamente cuántos suboficiales y soldados aun están vivos, pero han muerto muchos. Calculamos que deben quedar cerca de 300 soldados. De los suboficiales no sabemos nada, porque muchos salieron de la vida militar y se dedicaron a otras profesiones. Por ejemplo, yo me retiré de la carrera a los 44 años, y aunque siempre he estado en contacto con la vida militar y la reserva, inicié una carrera de contador y trabajé en diferentes actividades relacionadas con la contaduría. A pesar de eso, con nuestra asociación hacíamos dos o tres reuniones por año en Bogotá, pero ahora todos es mucho más difícil porque algunos miembros tienen problemas para moverse o no salen de noche. Además, la pandemia nos ha impedido tener cualquier tipo de contacto.

31. ¿Hay eventos recurrentes de los veteranos de la Guerra de Corea? ¿Hay monumentos a los caídos en la guerra o en honor de los veteranos colombianos en Bogotá o en otras ciudades de Colombia?

Sí. Hace diez años logramos que se estableciera a fines del mes de agosto una fecha para conmemorar el honor de los veteranos de Corea. Dentro del Ministerio de Defensa se construyeron dos monumentos en los que se hace una ceremonia para rendirle honores al Ejército y a la Armada (que también participó en la guerra). Yo dirigí la ceremonia varias veces en nombre de los veteranos. Este año hicieron la ceremonia, pero

nuestra asociación no asistió por el coronavirus. Hacer o no hacer la ceremonia depende mucho de quién esté en el Ministerio y de quién sea el comandante general de las FF.AA. Algunos de los que llegan a esos cargos le otorgan importancia y otros están ocupados con otros temas. Últimamente, ciertos comandantes nos han reconocido y están más pendientes de lo que ocurrió en Corea. De cualquier manera, el hecho de haber establecido la fecha es importante.

Hay una pagoda dentro de la Escuela Superior de Guerra, que inicialmente estaba en la calle 100 con carrera 15, y que fue donada por el Gobierno coreano. En la pagoda se hace una ceremonia en la que se ofrece una ofrenda floral el día de la fiesta nacional de Corea del Sur. En Cartagena hay una réplica de un buque con el que los coreanos derrotaron a los japoneses en una de las muchas guerras que tuvieron. Ese barco lo donó el Gobierno de Corea del Sur hace 12 años.

32. Coronel Rodríguez, ¿qué temas deberían estudiarse sobre la participación colombiana en Corea?

La carrera del historiador se ha desarrollado mucho. Hay historiadores que han buscado documentos, pero no tienen la perspectiva de las personas que estuvimos en la guerra. Hay muchos testimonios que se han perdido. Algunas de las preguntas de los historiadores están muy lejos de lo que nosotros hacíamos. Nosotros estábamos dentro del Ejército de EE. UU., éramos un batallón en el frente y no nos dábamos cuenta de todas las operaciones. Yo sólo vine a entender lo que sucedía después, mientras estaba en el Japón, cuando pude ver las cosas en perspectiva, desde la oficina de enlace, es decir, en contacto con la dirección de la guerra y el Estado mayor de EE.UU.

Tal vez falte saber más sobre la vida de las tropas. Tuvimos que vivir muchos cambios. No estábamos acostumbrados a las guerras internacionales. La comida era completamente diferente, hacía frío porque había estaciones. Para el Batallón Colombia el frío fue terrible. Pero a pesar de eso siempre se mantuvo el respeto, hubo cohesión, compañerismo y recordábamos nuestra bandera. Sobre todo, los colombianos éramos gente echada para adelante y nunca nadie se acobardó. ■

.....

[4. RESEÑAS]

“LA CAÍDA DE EVO MORALES, LA REACCIÓN MESTIZA Y EL ASCENSO DE LA GENTE BIEN AL PODER”

RESEÑA DEL LIBRO DE LORGIO ORELLANA AILLÓN

(Universidad Mayor de San Simón - Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional, Cochabamba, septiembre 2020)

Juan Luis Hernández*

Patricio Grande**

El libro elaborado por Lorgio Orellana Aillón –docente e investigador de la Universidad Mayor de San Simón– presenta una aguda y original mirada sobre el golpe de Estado cívico-policial-militar ocurrido en Bolivia el 10 de noviembre del 2019. Para ello, además de estos acontecimientos en 2019, el autor analiza una gama de aspectos políticos, económicos y socioculturales sucedidos durante los casi catorce años de gobierno del Movimiento al Socialismo (MAS, 2006-2019).

El primer capítulo analiza las condiciones externas de la crisis política de octubre-noviembre del 2019; el segundo reflexiona sobre las contradicciones sociales de larga duración presentes en Bolivia y el llamado “paradigma oligárquico”; en el tercero y el quinto capítulo se presentan y explican las contradicciones socioculturales y las luchas de clases-etnias durante el gobierno de Evo Morales; mientras el cuarto y sexto capítulo abordan específicamente la coyuntura política abierta en octubre-noviembre del 2019, donde el autor se propone responder al interrogante ¿Por qué fue un golpe de Estado?

Todos estos elementos son examinados a partir de recuperar algunas de las contradicciones socioculturales de larga duración arraigadas en la estructura social boliviana. Estos permanentes giros a un tiempo pasado, que se intercalan con la descripción cronológica, le posibilitan al autor obtener una explicación mucho más profunda y original sobre la crisis política abierta hacia finales de 2019. Sobre esa base metodológica Orellana reflexiona desde una mirada marxista que logra articular creativamente las categorías de clase social y etnia/etnicidad.

El concepto de larga duración, entendido como la distinta velocidad en que las estructuras sociales se van modificando a lo largo del tiempo, constituye una importante herramienta de trabajo para los historiadores. Acostumbrados a pensar el devenir histórico en forma procesual, construimos periodizaciones temporales en función de las continuidades y las rupturas generadas por los hechos históricos más relevantes, dando lugar a distintos ciclos históricos en los cuales insertamos las tendencias de mediano plazo y los acontecimientos políticos coyunturales. La lectura de este libro, en donde el tiempo largo es invocado desde una perspectiva sociológica, abre un rico contrapunto teórico y metodológico, para los investigadores dedicados a la historia contemporánea de Bolivia.

SOBRE EL “RÉGIMEN POPULISTA DEL MAS”

En diversos pasajes del libro se dedica un importante espacio al estudio de las características centrales del gobierno del MAS al frente del Estado Plurinacional de Bolivia. En esa interesante clave de análisis, el autor presenta y desarrolla algunas particularidades de las sucesivas gestiones de Evo Morales, tales como: la salida de Bolivia de la esfera de influencia de los Estados Unidos, un hecho disruptivo y a contrapelo de la propia historia boliviana; los desplazamientos en la jerarquías de poder desde el dominio “*k´ara*” del Estado hacia las nacionalidades indígena-originarias (aimaras y quechuas); las nuevas redes clientelares y la corrupción; el nacionalismo indígena del MAS y su contenido burgués y reformista de los primeros años, etcétera.

En el capítulo tercero, titulado *Las contradicciones socioculturales del régimen populista del MAS*, podemos encontrar un muy interesante desarrollo sobre el gobierno de Evo Morales. En ese capítulo, el autor se detiene concretamente en el estudio de dos problemáticas nodales. En primer lugar, en el fracaso del

* - Doctor en Historia, Universidad de Buenos Aires; docente, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (Argentina).

** - Magister en Ciencias Sociales e Historia Universidad Nacional de Luján; docente e investigador de la Universidad Nacional de Luján, Departamento de Educación (Argentina).

gobierno del MAS frente a su intento de “conciliar a los irreconciliables”. En segundo lugar, en el proceso de burocratización que experimentaron las organizaciones sociales y la desmovilización de las clases subalternas.

Sobre el primero de estos aspectos, Orellana plantea que Evo Morales instauró un régimen populista de conciliación, procurando regular los antagonismos socioculturales pero “sin resolverlos de modo fundamental”.¹ Así, el MAS durante sus tres gobiernos consecutivos buscó conciliar o arbitrar entre: el nacionalismo y el antiimperialismo de las clases populares y la fuerte y creciente operatividad de las compañías multinacionales extractivas en Bolivia; entre campesinos pobres que reclamaban el acceso a tierra/territorio y los grandes terratenientes del Oriente boliviano. El MAS combinó la dotación de tierras a favor de organizaciones campesinas-indígenas-originarias con la promoción y el desarrollo de los terratenientes del Oriente a través de la expansión de la frontera agrícola. Empero, Orellana afirma que “ni el odio al indio, al colla, ni el resentimiento k´aras desaparecieron”;² una tercera contradicción irresuelta durante este proceso fue que “las expectativas de aburguesamiento de las clases medias blanco-mestizas entraron en contradicción con la pequeña burguesía y la burguesía indo-mestiza en el Gobierno”.³ Es decir que, a pesar del denodado intento gubernamental de (re)conciliar y arbitrar entre intereses antagónicos, el resultado fue la continuidad de las contradicciones en la lucha de clases-etnias de larga duración de la sociedad boliviana. Contradicciones socioculturales que terminarán estallando durante octubre-noviembre 2019.

En cuanto al proceso de burocratización y desmovilización que experimentaron las organizaciones sociales, el autor sostiene que los movimientos sociales “terminaron por integrarse al interior del MAS”⁴, consolidándose un fenómeno de burocratización al interior de dichas organizaciones.

En relación a este poder burocrático ejercido por el MAS, el autor presenta algunas similitudes con el estalinismo soviético: el culto a la personalidad, el caudillismo de Morales, la realización de purgas y un poder que con el tiempo adquirió rasgos autoritarios,

antidemocráticos y represivos. Sobre esta particular analogía con el régimen burocrático y del terror de Stalin, consideremos que si bien de alguna manera los rasgos mencionados estuvieron presentes en los gobiernos del MAS, la comparación resulta a primera vista exagerada. Asimismo, un elemento ausente en esta analogía, es el carácter de clase del Estado (obrero o burgués), como resultado (o no) de una transformación histórica en las relaciones sociales de producción, presente en la revolución rusa e inexistente en el proceso boliviano. De todas maneras, poner en superficie estos rasgos autoritarios/represivos del gobierno de Morales es una tarea necesaria para profundizar el análisis y el debate en diversos ámbitos académicos especializados.

PLURINACIONALIDAD Y CUESTIÓN NACIONAL

Según Orellana, la condición de posibilidad de los sucesos que culminaron con el derrocamiento de Evo Morales fue la “paradoja señorial”, concepto acuñado por Zavaleta Mercado que remite al histórico predominio de los “doctores” y profesionales en la gestión pública de Bolivia. Este “saber letrado” debió enfrentar el desafío resultante del empoderamiento aymara-quechua promovido por el MAS, viéndose desplazado y destrutado por el mundo indígena-originario y plebeyo. La “paradoja señorial”, expresión de la ideología oligárquica, permeó al conjunto de la sociedad boliviana, incluyendo a las capas subalternas, convirtiendo al *mestizo* en uno de los principios de identificación étnica del país.

Esta identidad mestiza fue rechazada y ninguneada por los ideólogos del MAS, continuando la tradición katarista, que despreciaba al mestizo y al indigenismo como rémoras del pasado colonial del país. A su vez, los propugnadores de la identidad mestiza como mayoritaria en la sociedad boliviana –como explicaba la expresidenta de facto Jeanine Áñez en sus discursos– negaban las identidades étnicas indígenas-originarias, subsumiéndolas en la cultura mestiza. Para Orellana, en Bolivia existen múltiples etnias, pero solamente dos nacionalidades, la “camba” (cruceños) y la “colla” (aimara altiplánica). Lo que inicialmente fue un conflicto de ribetes étnico/regionales, devino en un enfrentamiento entre nacionalidades que luchan por el poder, de modo que en Bolivia existe una irresuelta cuestión nacional. Históricamente, los bolivianos blancos y mestizos oprimieron a las nacionalidades aimara, quechua y de tierras bajas, situación parcialmente revertida por el MAS. En esta perspectiva, los

1 - Lorgio Orellana Aillón, *La caída de Evo Morales, la reacción mestiza y el ascenso de la gente bien al poder* (Cochabamba: Universidad Mayor de San Simón - Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional, 2020), 79-80.

2 - *Ibidem*, 83.

3 - *Ibidem*, 85.

4 - *Ibidem*, 86.

sucesos de 2019 apuntaron al retorno de la burguesía blanca y mestiza al poder. Según el autor, esta profunda imbricación clase-etnia-nacionalidad es la que explica que en octubre-noviembre de 2019 los blancos y mestizos blancos se movilizaron para desplazar a los indígenas y a los cholos de las oficinas públicas.

La respuesta con la que el MAS había intentado contener estas intrincadas luchas fue la plurinacionalidad. Para Orellana el Estado Plurinacional fue una “reforma jurídica y administrativa” a un problema relacionado con la lucha por el poder. Desde esta perspectiva la Asamblea Constituyente (2007-2008), habría dejado irresuelta la cuestión nacional. Sin embargo, la plurinacionalidad es uno de los núcleos más complejos del “embrollo boliviano”, como diría Jean-Pierre Lavaud.⁵ Surgida de una iniciativa de los movimientos sociales, fue retomada por el MAS como parte de su habitual apropiación de todo lo relacionado con el mundo indígena-originario. El Estado Plurinacional es un intento de respuesta al carácter abigarrado de la formación social boliviana, para dar contención al desarrollo del capitalismo de amplia base impulsado por el MAS. Pero es también una legítima aspiración de las masas, para quienes Bolivia es una nación que contiene a muchas naciones, expresada en el reconocimiento deliberado a los pueblos y naciones indígenas-originaria-campesinas que la habitan, sus principios morales y su cultura.

HACIA EL GOLPE

Orellana sostiene que el intento del MAS de transformar a Bolivia en una sociedad plenamente capitalista, derivó en una política de conciliación con las clases dominantes que fue percibida como una traición por un amplio sector de los explotados. Pero éstos, en lugar de imprimir un giro a la izquierda al proceso político, se desmoralizaron, profundizando la desmovilización ya estimulada por la dirigencia del MAS con su burocratismo y paralelismo, y creando las condiciones para que otras clase-etnias tomaran la iniciativa.

El golpe de Estado tuvo una larga gestación. La derecha hizo un persistente y prolongado esfuerzo para asociar la palabra socialismo con la corrupción, el autoritarismo, la mentira y la inmoralidad. Si bien al momento del golpe la cúpula del MAS era cercana a las aspiraciones programáticas de la burguesía cruceña y estaba lejos del socialismo, el problema para la dere-

cha y la clase dominante era que grandes masas de indígenas-cholos (a los que nunca habían dejado de temer y odiar) se identificaban con el MAS. El problema no eran las cúpulas sino las bases, a las que había que poner en su lugar. El autor agrega que las clases medias ascendentes indígena-cholas habrían también asimilado las consignas antisocialistas lanzadas por la ultraderecha.

Esta propaganda derechista, persistente y sostenida, habría constituido el primer paso de la “urdimbre simbólica del fraude”, tejida con la ayuda de fundaciones y agentes de inteligencia estadounidenses, desde mucho antes de los acontecimientos del 20 de octubre. Una verdadera “telaraña de sentido”, tendida con mucha antelación, para que en el momento oportuno distintos elementos pudieran ser asociados con la manipulación fraudulenta de los comicios, tuvieran que ver o no con ello. Finalmente, el fraude se impuso como creencia colectiva a partir de la movilización de las *pititas*, un extenso movimiento urbano liderado por jóvenes de la pequeña burguesía mestiza y la burguesía blanca.

En el análisis del golpe, el autor enfoca el proceso en su conjunto para evitar definiciones unilaterales, como hacer desprender de las movilizaciones de las clases medias a una rebelión democrática exitosa, o por el contrario, hacer derivar de los aspectos conspirativos el hecho de que se trató simple y llanamente de un golpe de Estado. Ambos aspectos están presentes, pero debe analizarse el proceso en su conjunto. Orellana caracteriza lo sucedido como “proceso contrarrevolucionario o situación reaccionaria”, porque se desplazó hacia la derecha el escenario político, discurriendo los acontecimientos en un sentido inverso a las luchas del 2000-2005. Una auténtica “contra-reforma intelectual y moral”, que configuró un clima ideológico reaccionario, que legitimó la violencia física y simbólica contra las mujeres de pollera, el agravio a los símbolos de los pueblos y naciones indígena-originarios y las masacres de indios. Afloraron los valores tradicionales de la “familia boliviana”, el gobierno de los profesionales y los doctores, de terno y corbata, encarnados en los supuestos sujetos predominantes en las manifestaciones *pititas*: profesionales, estudiantes, amas de casa. Un movimiento “anti masista en la forma”⁶, pero en realidad anti-indio, anti-campesino, anti-socialista, por su contenido ideológico fundamental.

5 - Jean-Pierre Lavaud, *El embrollo boliviano: Turbulencias sociales y desplazamientos políticos, 1952-1982* (Lima: IFEA-HIS-BOL, 1998).

6 - En Bolivia, los “masistas” son los partidarios del MAS, los “antimasistas” son los opositores al MAS. La expresión está entrecorriada porque son palabras textuales del autor.

Orellana aporta evidencia fáctica que demuestra que las movilizaciones de los *pititas* no estaban en condiciones de lograr su objetivo –derrocar al Gobierno– por sí solas: para echar a Evo Morales fue necesario el motín policial. Los amotinados, unidos a los jóvenes motoqueros, impidieron la movilización del oficialismo, cometieron atropellos, permitieron que los grupos de choque incendiaran las casas de ministros y funcionarios. A ello se sumó la publicación del informe de la OEA y el pedido público de los militares de renuncia del presidente, que precipitó el triunfo del golpe. La asunción de Jeanine Áñez, acordada en una reunión organizada por los golpistas por fuera de los mecanismos institucionales, confirma la ilegitimidad e ilegalidad del Gobierno de facto.

“¿Qué es Bolivia?” “¿Quién es Bolivia?” Se preguntaba hace ochenta años Trifonio Delgado Gonzales, al pasar en limpio sus vivencias durante la Guerra del Chaco.⁷ Los mismos interrogantes se formula ocho décadas después Lorgio Orellana Aillón, recapitulando su experiencia y su análisis sobre el reciente proceso boliviano, en este libro apasionante, cuya lectura es altamente recomendable para todos aquellos interesados en la historia y el presente del país andino-amazónico. ■

7 - Trifonio Delgado Gonzales, *Carne de cañón ¡Ahora arde kollitas! Diario de guerra 1932-1933* (La Paz: Plural, 2015).

“COMBATIR CON LA PLUMA EN LA MANO. DOS INTELLECTUALES EN LA GUERRA DEL CHACO. JUAN O’LEARY Y LUIS ALBERTO DE HERRERA”

RESEÑA DEL LIBRO DE LILIANA M. BREZZO Y MARÍA LAURA REALI

(Servilibro, Asunción, 2017, 282 pp.)

Verushka Alvizuri*

La evocación de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1864-1870) se convirtió en la obsesión de toda una generación de rioplatenses. En Uruguay, el político e historiador Luis Alberto de Herrera (1873-1959) elaboró, durante las tres primeras décadas del siglo XX, un relato alternativo o disonante sobre el pasado regional: condenó la guerra, desmanteló el argumento civilizador que pretendía combatir la “barbarie” del gobierno de Francisco Solano López; de esta manera se inscribió en una corriente revisionista. Esta posición lo acercó a Juan O’Leary (1879-1969), uno de los intelectuales más importantes del siglo XX paraguayo, entre otras razones por haber reinterpretado la derrota bélica, transformándola en un relato heroico que se convirtió en el eje de la retórica nacional y luego por haber puesto esta interpretación política de la historia al servicio de Alfredo Stroessner. Durante medio siglo, O’Leary y Herrera construyeron una relación epistolar. *Combatir con la pluma en la mano* compila una parte de esta correspondencia intercambiada durante la guerra del Chaco (1932-1935) que opuso a Paraguay y Bolivia. El título del libro, inspirado en una de las frases que O’Leary escribió en su diario íntimo poco después de la guerra, lleva al lector de la mano hasta el campo de la historia de dos intelectuales comprometidos con la visión paraguaya.

El trabajo se inicia con una presentación general de esta correspondencia. Este corpus documental se halla en los archivos de la Biblioteca Nacional de Paraguay y del Museo Histórico Nacional de Uruguay respectivamente. La compilación está precedida por una breve presentación del entonces director de la BNP y actual ministro de Cultura, Rubén Capdevila y de la exdirectora del MHN, Ariadna Islas. Ambos elo-

gian el trabajo de las historiadoras. Capdevila resalta el trabajo de Liliana Brezzo, quien supo ver el valor potencial de la correspondencia de O’Leary y se ocupó de organizar, inventariar y posicionar estos archivos. Islas, lo que destaca es a la vez el trabajo minucioso en el archivo “sin libros copiadores, sin índices”, “la compaginación cronológica de las piezas” y el haber hecho posible la colaboración entre dos instituciones que custodian el patrimonio documental.

Sigue un estudio titulado *Dos intelectuales en la guerra del Chaco. Juan O’Leary y Luis Alberto Herrera*, escrito a cuatro manos por Liliana Brezzo y María Laura Reali. Este texto, que es la espina dorsal del libro, hace una presentación crítica de las fuentes compiladas, recuerda brevemente aspectos biográficos de O’Leary y Herrera y desarrolla con mucha fineza cuatro proposiciones centrales: O’Leary y Herrera se legitiman intelectualmente en sus países respectivos; fabrican unas construcciones memoriales, concuerdan con reivindicar el rol heroico de Francisco Solano López y vinculan las dos guerras asumiendo una postura paraguaya frente al tema del Chaco. Las autoras consideran que la lectura de este intercambio epistolar podría permitir explorar varias problemáticas historiográficas y políticas, de las cuales dos son estudiadas con una atención particular: la construcción de una red regional de historiadores revisionistas, las formas de movilización moral de los intelectuales del Río de la Plata durante la guerra del Chaco.

La tercera parte del libro consta de 67 cartas, entre las cuales predominan las de O’Leary (46) sobre las de Herrera (21). A pesar de esta disparidad, las autoras han editado el trabajo de tal manera que la correspondencia intenta restituir un orden de envío y respuesta, reflejando así el esfuerzo al que alude Ariadna Islas sobre la dificultad de trabajar en los archivos con muchas carencias. Si aceptamos la propuesta de interpretación de Brezzo y Reali, efectivamente esta correspondencia revela el interés recíproco de dos

* - Profesora titular, Departamento de Estudios Hispánicos e hispanoamericanos, Université de Toulouse Jean-Jaurès (Francia).

historiadores que se leen con interés, las prácticas que ponen en marcha para promover sus ideas, la organización de un campo consagrado a una reinterpretación política de la guerra de la Triple Alianza contra Paraguay y la manera en que ese revisionismo histórico se organiza y moviliza durante el conflicto bélico entre Bolivia y Paraguay.

Aunque el título de este trabajo da la impresión de un equilibrio en el manejo del corpus documental, en realidad se trata más de una compilación de cartas y artículos de O'Leary. Los documentos que dejó se han convertido en una colección importante de la Biblioteca Nacional de Paraguay. Liliana Brezzo, conocida por sus investigaciones sobre la historiografía paraguaya, ha trabajado en este fondo documental y lo conoce como pocos. Lo ha valorado escribiendo una biografía cultural de O'Leary (2011) y varios artículos; en *El historiador y el general* (2014) se interesa por el proceso que llevó a O'Leary a convertirse en una pieza de la política de la historia desarrollada por Alfredo Stroessner; en 2016 publicó acerca de la correspondencia entre O'Leary y el argentino David Peña; en *Las Cartas prodigiosas* (2019) se dedicó a estudiar la correspondencia de O'Leary entre 1919-1929. Todos estos trabajos previos recuerdan el formato de este libro. El encuentro con María Laura Reali fue claramente lo

que permitió darle otra envergadura a esta correspondencia. La historiadora uruguaya hizo una tesis doctoral en 2005 (publicada en Uruguay en 2016) consagrada a la biografía intelectual de Luis Alberto Herrera que, además de interesarse por las representaciones y los discursos, presta particular atención a las prácticas del mundo letrado (traducción, edición, correspondencia). La investigación que hace para este libro se inscribe así en la continuidad de sus reflexiones y trabajos sobre esta figura.

Esta compilación de una parte de la correspondencia intercambiada entre O'Leary y Herrera es casi un trabajo de orfebre. Ha sido posible únicamente porque estamos frente a dos especialistas que han sabido colaborar eficazmente; ambas han movilizado recursos de las instituciones a las que pertenecen (nodo Conicet-Paris VII), ambas han identificado documentos que se hallan en archivos de países diferentes. La relación intelectual entre Liliana Brezzo y María Laura Reali recuerda vagamente la de Juan O'Leary y Luis Alberto de Herrera. Si estos dos hombres contribuyeron a construir el revisionismo histórico rioplatense, Brezzo y Reali invitan, con la publicación de estos archivos, a interrogarse sobre la construcción de este revisionismo. ■

“LES SERVICES SECRETS ISRAÉLIENS. AMAN, MOSSAD ET SHIN BETH”

RESEÑA DEL LIBRO DE ÉRIC DENÉCÉ Y DAVID ELKAÏM

(Paris, Ediciones Tallandier, Colección Texto; 2a edición, 2017)

Daniel Emilio Rojas*

LOS ASPECTOS FUNDADORES

El territorio de Israel no posee ninguna característica particular que le permita proteger a la población en caso de invasión militar. Enclavado entre el mar Mediterráneo y un puñado de países colindantes que se opusieron a su creación y rechazan aceptar su existencia, el “Estado hebreo”, de apenas ocho millones y medio de personas, sólo posee tres vecinos con poblaciones más reducidas que la suya: el Líbano (4 millones), Palestina (1,7 en Gaza y 2,5 en Cisjordania) y Jordania (cerca de 7 millones). El desequilibrio demográfico con todos los demás es evidente: Siria (23 millones), Irak (32 millones), y Egipto, Turquía e Irán (entre 80 y 90 millones). Su posición geográfica y el desequilibrio con sus vecinos son dos aspectos fundadores de la política y de la seguridad israelitas.

SERVICIOS DE INTELIGENCIA Y DECISIÓN POLÍTICA

Desde su creación, el Estado de Israel le ha atribuido una importancia particular a sus servicios de inteligencia y de seguridad civiles y militares. En efecto, al constatar que una batalla decisiva o una invasión militar liderada por sus adversarios regionales no sólo comprometería la integridad territorial del Estado, sino también su existencia, sus dirigentes desarrollaron servicios de inteligencia que permiten anticipar las ofensivas y neutralizar la operatividad de las Fuerzas Armadas de sus vecinos en caso de amenaza. Una de las tesis analíticas más sugestivas de este libro sostiene que los servicios de inteligencia de Israel están íntimamente vinculados a los procesos de decisión gubernamentales, lo que se refleja tanto en la organización de la estructura política y de los servicios especiales, como en las pasarelas que hay entre el

alto gobierno y las unidades de élite. Al respecto cabe mencionar al *sayeret Matkal*, la unidad de comando de las Fuerzas Armadas (*Tzahal*) que liberó en julio de 1976 a los rehenes de un avión de Air France en Uganda, y que fue una de las etapas de la carrera del actual ministro Benjamin Netanyahu¹.

ESTRUCTURA

Los autores Éric Denécé y David Elkaïm, miembros del Centro Francés de Investigación de Inteligencia (CF2R), ofrecen una obra que estudia los tres pilares de la “comunidad israelita de los servicios de inteligencia”: a) *Aman* (*Agaf Hamodiin*), que posee el número de efectivos más importante y tiene a su cargo la censura, es la Dirección de inteligencia militar que depende directamente del jefe del Estado Mayor General y del Ministro de Defensa; b) *Shin Beth* (*Sherout Ha-Bitachon Ha-Klali*), bajo la tutela del Ministerio de la Seguridad Pública, es el servicio encargado de la seguridad interior y de la contrainteligencia; c) *Mossad* (*Mossad Le’Aliyah Beth*), bajo las ordenes del Primer Ministro, es el servicio de inteligencia y de acción internacional². Para estudiar estos tres pilares, los autores privilegian un “enfoque técnico de la inteligencia” con el propósito de entender la “organización y la acción de los servicios, la forma en la que los políticos y los estados mayores los emplean, y sus resultados y desafíos futuros”. Entre estos últimos están “la lucha contra el terrorismo, la neutralización de las armas químicas sirias y la guerra secreta contra Irán”³.

El libro está compuesto por un glosario, catorce capítulos, una bibliografía indicativa y un conjunto de anexos que reúne organigramas de los servicios de inteligencia y listas de sus directores desde 1948 hasta el 2013. El primer capítulo, titulado *En el ojo del huracán*, es una descripción pormenorizada de las amenazas a la seguridad del Estado de Israel: los grupos palesti-

* - Doctor en Historia de las relaciones internacionales, Universidad Paris 1 Panthéon-Sorbonne (Francia); historiador y filósofo de la Universidad de los Andes (Colombia); profesor (MCF) de Historia y civilización contemporánea de América latina y Cooperación internacional Université Grenoble Alpes (Francia).

1 - pp. 23,135, 256.

2 - pp. 25-26

3 - p. 27

nos que patrocinan su desaparición, el Hezbollah libanés, Al Qaeda, el programa militar nuclear iraní y los grupos de extremistas judíos que perpetran y han perpetrado acciones terroristas como el asesinato en 1995 del primer ministro Yitzhak Rabin⁴. Los nueve capítulos siguientes estudian la organización y los objetivos de los tres servicios de seguridad mencionados; en ellos se encuentran análisis sobre las unidades que se dedican a la ciberguerra (capítulo 4: *Los guerreros de las ondas y del Ciberespacio*), estudios de dos operaciones concretas (capítulo 11: *La destrucción del arsenal químico sirio* y capítulo 12: *El Plan Daniel*, de sabotaje contra el programa nuclear iraní) y descripciones de los lazos entre la dirigencia gubernamental, los servicios de inteligencia y los cuerpos de operaciones especiales (capítulo 10: *Los maestros del juego*). Los capítulos 13 y 14 estudian los triunfos de la inteligencia y de la contrainteligencia iraní en su lucha contra Israel para demostrar que los aparatos de seguridad de este último tienen “un adversario que está a su mismo nivel”⁵.

El décimo capítulo, titulado *Los maestros del juego*, es uno de los más reveladores del libro, puesto que esclarece los nexos que hay entre la clase política israelí y los servicios de inteligencia. Los ejemplos son variados: Chaïm Herzog, sexto presidente de Israel y embajador ante la Organización de las Naciones Unidas, fue director del Shin Beth en dos ocasiones; Yitzhak Rabin, embajador en los Estados Unidos y primer ministro, fue jefe del Estado mayor de la Tzahal; Ariel Sharon, ministro de Agricultura, Defensa, y posteriormente primer ministro, dirigió la Unidad 101 de las fuerzas especiales consagrada a la “eliminación física de los enemigos de Israel”. Que los servicios de inteligencia y las fuerzas armadas hayan gozado de un apoyo casi incondicional por parte de la dirigencia política es una consecuencia del papel protagónico que los oficiales de las fuerzas especiales y de los cuerpos de paracaidistas han tenido en la vida nacional⁶.

¿SIEMPRE TÁCTICA, JAMÁS VISIÓN ESTRATÉGICA?

La proximidad entre la política y los servicios secretos no oscurece divergencias que han surgido entre ambas esferas en los últimos años. Los autores son enfáticos en advertir que, si bien la doctrina militar israelí legitima las operaciones preventivas para defender la

seguridad del Estado, los directores de los servicios de seguridad poseen muchas dudas acerca de los objetivos estratégicos perseguidos por los responsables del poder ejecutivo al ordenarlas.

Denécé y Elkaïm mencionan el documental realizado por Dror Moreh, *The Gatekeepers*, que salió en salas durante la campaña de las elecciones legislativas de 2012 en Israel y provocó un verdadero escándalo en la opinión pública. Además de numerosas imágenes de archivo, el documental incluye los testimonios inéditos de los seis directores del Shin Beth que ocuparon el cargo entre 1980 y 2011. Los directores no tuvieron escrúpulos morales que intervinieran ni con sus decisiones ni con sus métodos para luchar contra el terrorismo palestino, pero resulta sorprendente que todos afirmen con una franqueza que “ni siquiera caracteriza a las democracias occidentales”, que la represión contra los palestinos ha conducido a Israel a un punto muerto, pues “todos reconocen que la política de seguridad (...) en los territorios ocupados no es viable a largo plazo”⁷. Uno de los puntos más polémicos es que los antiguos directores subrayen que, con la notable excepción del primer ministro Yitzhak Rabin, los dirigentes del Estado de Israel no poseen ninguna visión estratégica de las labores de inteligencia. Yaakov Peri, por ejemplo, estima no haber recibido ninguna orden relevante durante sus seis años como director del Shin Beth y subraya que no sabía en qué dirección avanzar: “Era siempre táctica, jamás visión estratégica. Todos los jefes de este Servicio constatan la inexistencia de un pensamiento político, la cobardía de los dirigentes que rechazan aceptar sus errores y el hecho de que el desarrollo de la lucha antiterrorista se haya convertido en un fin en sí mismo”. Por otro lado, todos convergen en criticar “el laxismo de las autoridades frente al extremismo judío que, gracias al asesinato de Rabin, logró apagar la única esperanza de paz” en la historia reciente de Israel⁸.

ISRAEL VS IRÁN

Tanto el retiro de los Estados Unidos del Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA) que regulaba la producción de energía nuclear iraní, como el asesinato en noviembre de 2020 de Mohsem Fahkrizadeh, uno de los miembros más importantes del programa nuclear persa, hacen oportunas las referencias al décimo segundo capítulo del libro que estudia las acciones clan-

4 - p. 31

5 - p. 319

6 - p. 256

7 - p. 270

8 - p. 275

destinas de Israel para sabotear el programa nuclear de Teherán. En el año 2004 se conoció la existencia de un informe titulado “Plan Daniel”, que promocionaba el sabotaje de las instalaciones nucleares iraníes y los ataques contra sus científicos. Desde entonces, además de asesinatos selectivos, se han multiplicado las operaciones contra los sistemas informáticos militares y civiles, las fuentes de abastecimiento y las instalaciones nucleares.

Desde el 2005, los servicios especiales israelitas, en asociación con los Estados Unidos, iniciaron una serie de operaciones de sabotaje industrial por medio de científicos iraníes o de expertos de Europa del Este quienes, sin saberlo, proporcionaron a Irán materiales y software ultrasofisticados que atacaron los computadores que controlaban las instalaciones de enriquecimiento de uranio, los *stuxnet 1* y *2*. El *stuxnet 1* causó sobrepresiones excesivas en las instalaciones de Natanz, que albergan cerca de 4.000 centrifugadoras de tipo IR-1. *Stuxnet 2* apareció en 2009 y tenía como objetivo atacar una fase diferente del proceso de enriquecimiento de uranio al entorpecer la velocidad del motor de las centrifugadoras. Mientras que *stuxnet 1* fue creado para que los problemas que provocaba fueran percibidos como inconvenientes técnicos y retrasaran el desarrollo del programa nuclear, *stuxnet 2* tenía como objetivo destruir un número importante de centrifugadoras y crear un sentimiento de frustración en los equipos de ingenieros iraníes.

Además de la ciberguerra y de los ataques contra las instalaciones, el Plan Daniel contempla el “tratamiento negativo”, es decir, el asesinato de los responsables y colaboradores del programa nuclear iraní. Nada en este terreno puede verificarse de manera concluyente, pero los ejemplos son demasiado numerosos como para atribuirlos a casualidades que no guardan conexiones entre sí. En julio de 2001, Ali Mahmoudi Mimand, uno de los creadores del programa balístico, fue asesinado por arma de fuego en su oficina; en 2007, el físico atómico Ardeshir Hassanpour falleció tras una intoxicación de gas en una instalación de transformación de uranio en Ispahan. En 2010, Massoud Ali Mohammadi, físico de la Universidad de Teheran que trabajaba con los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica (*Pasdarams*), murió asesinado por la explosión de una motocicleta que disimulaba

una carga explosiva. El mismo año, Majid Shahriari, miembro fundador de la Sociedad Nuclear de Irán y profesor del departamento de Ingeniería nuclear de la Universidad Shaid Behesti, y Fereidoum Abassi-Davani, profesor de física y uno de los pocos expertos iraníes en materia de separación de isótopos (procedimiento esencial en la fabricación de combustible de uranio para las centrales nucleares), fueron atacados por motociclistas con minas magnéticas. En 2011, cinco ingenieros rusos que contribuyeron a la reactivación de la Central nuclear de Bushehr al reparar los daños ocasionados por uno de los *stuxnet*, fallecieron tras un accidente aéreo en Petrozavodosh, al norte de Moscú⁹.

APORTES

En Francia, España y América Latina, las publicaciones consagradas a los servicios de inteligencia israelitas son usualmente traducciones de obras anglosajonas que ofrecen síntesis históricas del Mossad, esbozos narrativos de ciertas operaciones puntuales que enfatizan el papel del héroe-espía, y memorias de agentes retirados que siguen el canon de la confesión y crean zonas de oscuridad para aumentar la tensión narrativa. Por eso la originalidad de este trabajo radica en estudiar la inteligencia de Israel con un enfoque técnico, que interpreta la importancia de los organismos de seguridad para la estructura del Estado de Israel y que ofrece al público un inventario del conjunto de servicios y unidades civiles, de policía y militares dedicados al espionaje y a las operaciones encubiertas. En síntesis, el libro subraya los elementos que permiten caracterizar la “cultura de los servicios de inteligencia” (*culture du renseignement*) de Israel.

Es importante mencionar que, a pesar de reconocer su eficacia y excelencia operacional, Denécé y Elkaïm no hacen un esbozo apologético de la inteligencia israelí ni juzgan las consecuencias políticas de sus operaciones. Su objetivo es ofrecerle al lector los medios para comprender el papel esencial que juegan los servicios especiales en un país que, a pesar de contar con algunos aliados poderosos, se encuentra en un ambiente hostil. ■

9 - p. 316

[5. LOS ESTUDIOS ESTRATÉGICOS]

MASTER OF ARTS IN CRIMINAL JUSTICE (MAESTRÍA EN JUSTICIA PENAL)

JOHN JAY COLLEGE OF CRIMINAL JUSTICE –
CITY UNIVERSITY OF NEW YORK (CUNY)

Guido D. Giordano*

Fundada en 1847 como la primera institución de educación superior pública y gratuita de los Estados Unidos, *City University of New York* (CUNY) es hoy la universidad pública urbana más grande del país, con más de 500.000 estudiantes activos y graduando a unos 55.000 cada año. Es además un componente fundamental de la ciudad de Nueva York, con más de 25 instituciones en todos los distritos de la ciudad.

CUNY no sólo resalta por su ubicación en esta dinámica y diversa ciudad, sino también por su particular perfil. En primer lugar, desde su fundación se planteó como una institución en la que “los hijos del rico y los hijos del pobre se sienten juntos” y para ser controlada por “la voluntad popular; no por unos pocos privilegiados, sino por muchos privilegiados”. Hoy, CUNY es sinónimo de movilidad social: con 44% de sus estudiantes siendo primera generación de universitarios en sus familias, la institución coloca en sectores medios a casi seis veces más estudiantes de bajos recursos que todas las universidades estadounidenses más prestigiosas (incluyendo a Harvard, Princeton, Yale, Columbia, Duke, M.I.T., Stanford y la Universidad de Chicago) combinadas. En segundo lugar, CUNY ha tenido un compromiso histórico con la participación política: habiendo albergado a estudiantes y profesores del primer movimiento estadounidense antiguerra en la década del 30, hoy apuesta a títulos de grado en liderazgo sindical, en organización comunitaria y en administración pública. Finalmente, CUNY es sinónimo de equidad de género, inclusión e igualdad étnica, migratoria y de diversidad sexual. En efecto, ya para 1869 ofrecía educación superior pública a mujeres y para 1930 admitía a mujeres en todas sus carreras técnicas. Hoy, además de reafirmar esta apuesta histórica, el 31% de sus estudiantes se identifican como pertenecientes a la comunidad latina, el 25% a la comunidad afro y el 21% a la asiática.

Es dentro de esta particular universidad que habita el *John Jay College of Criminal Justice*. Su inicio se dio en 1954, como un programa de la Escuela de Negocios y Administración Pública destinado a formar agentes policiales con un fuerte contenido científico y humanista. Una década después ya era una facultad independiente con capacidad de otorgar diplomas. Para entonces ya llevaba su nombre actual (el del primer Presidente de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos), con la intención de formar líderes para todo el sistema penal. Hoy *John Jay College* es heredera de su historia y de la tradición de CUNY. Así, con 47% de sus estudiantes siendo primera generación de universitarios, la facultad tiene además un compromiso explícito con el propósito de aumentar la presencia de grupos subrepresentados en el mundo académico y en el mercado laboral de EE.UU.: cuenta con estudiantes de más de 130 nacionalidades distintas. Se destacan las personas que son parte de su vasta comunidad latina –con ella se identifica el 46% del estudiantado–, quienes llevan adelante constantes iniciativas académicas y de extensión universitaria.

De entre los más de 90 programas educativos que John Jay ofrece (en áreas como Psicología, Criminología, Administración Pública, Justicia Penal Internacional y Ciencias Forenses), resalta el *Master of Arts in Criminal Justice* (Maestría en Justicia Penal), inspirado en una combinación de Sociología, Políticas Públicas y Derecho. Al programa lo compone un núcleo de cinco materias obligatorias: Problemáticas en la Justicia Penal I (Criminología y Derecho Penal), Problemáticas en la Justicia Penal II (Policiamiento y Estudios Correccionales), Metodología y Diseño de Investigación, Uso de software de Estadísticas en Justicia Penal y Análisis de Políticas Públicas en Justicia Penal. A dicho núcleo obligatorio, cada estudiante debe agregar siete materias optativas de una propuesta que cuenta con más de sesenta posibilidades dentro de cinco especializaciones distintas: Criminología y Desviación; Ley y Procedimiento Penal; Administración de la Policía; Administración Correccional y Estudios sobre Terrorismo. El estudiantado puede optar por una doble especialización. Asimismo, quienes logren un rendimiento destacado y obtengan permiso de la Dirección del

* - Abogado Universidad Nacional de Rosario; Posgrado en Gestión Ambiental, Universidad del Centro de Estudios Latinoamericano (Argentina); Master of Arts in Criminal Justice, John Jay-City University of New York (Estados Unidos).

programa pueden tomar sólo tres optativas y completar el programa cursando dos materias para prepararse para escribir su tesis, la que una vez aprobada les otorgará los créditos finales para graduarse.

El programa cuenta con docentes con amplia experiencia teórica y práctica en campos de interés para los estudiantes. Guiado por una apuesta clara al estudio de los derechos humanos como eje, su equipo docente es sinónimo de diversidad étnica, cultural y de perspectivas: lo componen personas de diversos países dedicadas a la investigación, a la práctica pública o privada de la abogacía, a la actividad policial (agentes policiales en actividad o retirados) o a la gestión pública ejecutiva, entre otros. En cuanto a contenidos, la maestría aborda las problemáticas fundamentales de la justicia penal en el siglo XXI, y otorga a sus cursantes herramientas que constituyen un importante diferencial a la hora de ejercer profesiones en el ámbito público y también en el privado (sea en empresas lucrativas, en organizaciones no gubernamentales, o ejerciendo la docencia e investigación). Entre otras herramientas, se destaca el uso de *software*, las técnicas de mapeo, la investigación en ciberdelitos y el abordaje de fenómenos internaciona-

les y de delincuencia organizada (incluidos los delitos cometidos desde organizaciones formales privadas y desde los propios Estados). Debe considerarse finalmente que el programa de maestría puede asimismo servir de inicio para la formación doctoral de quienes deseen seguir ese camino.

En cualquiera de las modalidades, la institución aconseja destinar entre 18 y 36 meses para completar el Master (considerando que muchas personas trabajan mientras lo realizan), aunque el mismo puede completarse en un mínimo de 12 meses, con la adecuada organización previa y esfuerzo de quien cursa. Asimismo, el programa puede completarse de manera total o parcial a través de cursos *online* a distancia, área en la que *John Jay College* lleva años de experiencia. Ello, junto con la vasta propuesta de ayudas económicas, financieras, de adaptación y de seguimiento académico que la Facultad ofrece, permitió a su comunidad estudiantil adaptarse adecuadamente a la situación ocasionada por la pandemia global derivada de la enfermedad COVID-19. Actualmente, la institución migró absolutamente a cursos a distancia y tiene en marcha un plan de reapertura progresiva a comenzar en 2021. ■



